



MERCADO DE ABASTOS DE SORIA

## Frío helado

GABRIEL HIERRO

Todas las mañanas salía de su casa y se daba un paseo por el valle. Todos los días hacía lo que el médico le decía. Jaime tenía una visión bastante clara de las cosas, aunque llevaba tiempo sin ir a la ciudad y desconocía los últimos cambios. Cuando los vecinos más jóvenes se encontraban con él el fin de semana, éste se dejaba saludar y prestaba mucha atención a las historias y noticias que le traían. Ahora, ya no era lo mismo. Desde hace diez años recibió la invalidez permanente debido a una lesión en la espalda y no podía sofocarse. Lo suyo había sido dar clase de Geografía e Historia en la Universidad de Soria, ante más de doscientas personas. Recordaba cuando había ido a estudiar a Madrid, en la facultad, al lado de sus compañeros y se había licenciado. Eran tiempos de juventud, de sociedades secretas, de apología del régimen, de contradicciones en la sociedad y de desinformación. Por medio de su sociabilidad, consiguió formar un buen grupo de amigos y establecerse por unos años en la capital antes que le destinasen a su ciudad natal. Jaime nació en Soria, aunque vivió su infancia en Sotillo del Rincón, a unos 25 kilómetros del centro urbano. Su casa era humilde, al lado de unos pinos jóvenes y altos, cercada por una pequeña finca llena de vacas y por un arroyo cada vez más seco. De pequeño jugaba al lado de sus primos a los juegos típicos de la época y al fútbol, deporte nacional. Monaguillo en las distintas procesiones, y cuando lo estimaba el sacerdote de la pequeña iglesia de su pueblo, Jaime aprovechaba la ocasión para beberse el vino y atiborrarse de pastelillos de mantequilla. Algunas bofetadas se llevó del señor Antonio, pero ésta y otras anécdotas se las contaba a sus nietos bajo una sonrisilla nostálgica.

El origen de Soria hay que buscarlo en la repoblación que Alfonso I de Aragón realizó en 1110. Poco después, hacia el 1134, la ciudad pasó a ser castellana al ocuparla Alfonso VIII y se inició una de las etapas más prósperas interrumpida sólo por las luchas internas de sus gobernantes, lo que provocó que fuese saqueada por San-

cho el Fuerte de Navarra. Bajo el reinado de Alfonso X el Sabio, las cosas cambiaron y el comercio de lana, aceite y vino hizo que el tejido comercial de la ciudad se reactivará. Dicen que durante el mes de enero de 1215, cerca de la Plaza Mayor, en una noche fría e intensa, típica de las provincias de Castilla y León en invierno, hubo una aparición, la de una niña que había sido asesinada por unos monjes en el convento de María de Jesús. Vestida tan solo con un camisión blanco y unas alpargatas, recorrió más de diez pasos por la plaza pronunciando la palabra “piedad”.

A lo largo de los años y con motivo de este suceso, se escribieron numerosas historias al respecto. Jaime siempre se había sentido atraído por este suceso y más cuando en 1984, después de haber pasado las Navidades en Madrid, ocurrió lo mismo, según unos testigos presenciales. Lo suyo eran los trabajos de investigación y le encantaba buscar información que tuviese relación con fenómenos insólitos. Todavía en su pequeña habitación de la segunda casa familiar de sus padres, se podrían ver apilados numerosas carpetas con recortes de periódicos, fotocopias y papeles de todo tipo. La tecnología también había llegado a sus manos y ahora

escribía en un ordenador portátil. Los tiempos de la máquina de escribir se le habían acabado. Un sábado se despertó temprano, a primera hora, y llamó a su hijo Francisco para que le llevase a la ciudad. Después de una noche de juerga al lado de sus amigos, éste no estaba demasiado preparado, pero aceptó de mala gana y pensando para sí “qué mosca le habrá picado al viejo” se levantó de la cama y fue a asearse. Tardó 15 minutos y coincidieron en la cocina. Jaime le tenía el desayuno preparado.

–Bueno, ¿qué tal ayer?– le preguntó a su hijo.

–Ya sabes, estuve con unos amigos en una fiesta, en Rollamienta, a unos 6 kilómetros de aquí.

–Sí, ya se dónde está. Mira, necesito ir al mercado de Soria. Quiero hacer unas compras y pasarme por el bar de mis amigos de la facultad. Hace mucho que no me tomé unas cervezas con mis viejos colegas.

–No te preocupes padre, yo te llevo para la Plaza Mayor.

Después de tomarse un café bien cargado, Francisco sacó el coche del garaje y espero a que su padre cogiese el bastón del descansillo.



No le apetecía ir allí, había dormido sólo dos horas y quería estudiar por la tarde. Estaba de exámenes.

Junto a la calle Mayor se encuentra la plaza principal de Soria, construida en el siglo XVII como lugar para festejos públicos y mercado para los comerciantes que querían cambiar sus productos. Esta función la cumplió hasta el siglo XIX, aunque sigue manteniéndose en algunos aspectos hoy en día. De espacio rectangular limitado por tres hileras de casas uniformes, con portales sostenidos por pilares de piedra, se levantaba la Plaza Mayor. Como elementos más representativos, Jaime había escrito en una guía turística sobre la ciudad de Soria: “La plaza está presidida por un edificio neoclásico de finales del siglo XIX: La Casa Consistorial. En el centro está el monumento que Victorio Macho realizó como homenaje a Alonso Berruguete. Fue levantado en 1963 para conmemorar el cuarto centenario de la muerte del escultor palentino y por eso representa una revisión y asimilación del estilo de Berruguete desde la interpretación de Victorio Macho”. Y así se ganó la vida durante algunos años. Pero se estaban acercando al Mercado de Abastos, construcción representativa de la arquitectura de hierro y cristal y justo al lado del Palacio de la Diputación Provincial, edificio neorrenacentista construido en 1914 por Jerónimo Arroyo. En el bar de la esquina estaban Jacinto “El Brujo” y Matías “El Físico” y Jaime les saludó con efusión. Francisco, por su parte, se había marchado al taller. Tenía que pasar la revisión a su vehículo.

–Bueno, bueno, pero si es Jaime, el licenciado de Madrid. ¿Cómo te va la vida? Hace mucho que no sabemos nada de ti–. Matías le tenía mucho cariño. Jaime le ayudó en su etapa en la capital y le facilitó una habitación en su piso mientras estudiaba “físicas”.

–Desde que me retiré me he quedado en Sotillo, disfrutando de la “invalidez permanente”. Supongo que sabes que tuve una lesión en la espalda hace mucho tiempo. Me dedicó a pasear, escribir, ayudar a mis hijos con sus estudios, pero no sé, echo de menos la facultad y a mis compañeros–. Jaime se había confesado. No le gustaba abrirse tanto. Pero no tenía secretos con sus amigos, sobre todo con Jacinto y Matías.

–Yo también me he alegrado de verte. Por lo que ves nosotros seguimos a lo nuestro. Venimos los fines de semana a tomarnos unas cervezas al bar y contar lo bien que les va a nuestros hijos en Madrid. Pero poco más-. Matías era alto, distinguido, culto y refinado en su manera de hablar.

–¿Os acordáis de la niña que apareció en la Plaza Mayor hace tantos años y que después volvió a aparecer en 1984, a menos de 150 metros de aquí?-. Jaime pidió otra cerveza.

–Claro, claro que nos acordamos. Hiciste un trabajo de investigación detallando las causas del asesinato de esa niña por parte de los monjes. Te dieron un premio en Madrid y otro en la Junta de Castilla y León, pero ¿por qué te preocupas ahora por eso?– le preguntó Jacinto animándose a la conversación.

–No es preocupación. Empiezo a ser mayor y ya sabéis como me gusta retorcer las cosas; quizás es por necesidad de profundizar, pero hay algunas dudas que todavía no he resuelto. Mucha gente no creyó que la niña apareciese en 1984, cuando varios testigos dijeron que sí, que la habían visto con su camisón– concluyó Jaime.

–Venga, tómate una cervcecita más, que a tu hijo Francisco le debe quedar poco– matizó Matías.

En efecto, Francisco cruzó el umbral de la puerta del bar y antes de sentarse en un taburete libre, saludó a los amigos de su padre. Pidió una Coca-Cola y escucho la conversación cansado y distraído.

–Pues ya os digo. Es un caso que siempre me llamó la atención. Eso de los milagros, las apariciones, los sucesos históricos extraños me han producido y despertado un gran interés y sobre todo si tenemos en cuenta que sucedió en nuestra ciudad-. Jaime había reanudado el tema y todos escuchaban.

–Padre, quizás tienes tiempo para seguir investigando sobre ello, pero ¿qué te queda por descubrir? Según me dijiste en su día la historia de esa chica tuvo una sencilla explicación. La niña, de unos ocho años de edad, estaba poseída. Sus familiares, preocupados, la llevan al Convento de Las Agustinas, regentado por las hermanas de esa orden religiosa y en el que viven algunos monjes. La matan a palos y su espíritu vaga por la ciudad. Lo demás, me refiero a las apariciones, te las puedes creer o no, dependiendo de la fe que tengas sobre ellas. Parece sencillo, ¿por qué le das vueltas al tema?– preguntó Francisco a su padre.

–Soy mayor y llevo cierto tiempo fuera de servicio. Necesito meter la nariz en algo. En nuestra casa lo tenemos todo, pero nunca he saciado mi hambre de desvelar todos los detalles cuando me he dedicado a investigar algún fenómeno paranormal-. Jaime se había encendido de nuevo y quería seguir explicando las causas que le empujaban a interesarse por la niña que gritaba “piedad” a las tres de la madrugada en la Plaza Mayor de Soria. Su hijo le estaba haciendo señas apercibiéndole que tenían que marcharse a recoger el coche, que ya estaría arreglado y pasada la revisión.

–Venga Jaime, cuídate, nos vemos el próximo fin de semana– le despidieron sus amigos.

Era la una de la tarde y se acercaron al mercado antes de ir a por el coche. Compraron mantequilla dulce, bollos de arroz, algo de carne, botellas de agua y un poco de verdura para la noche. Ese sábado los comercios que integran el mercado se encontraban abarrotados de gente. Hacía tiempo que no hacía la compra junto a su hijo y esto le hizo recordar el pasado. Su mujer, que se encontraba en casa de unos familiares en Vinuesa, era la que siempre se acercaba a por los alimentos, pero eso era cuando vivían en la capital, cerca de la Plaza Mayor, cerca de todas partes. En el valle había algunas tiendas de comestibles, pequeños comercios de carnes, alguna frutería, fábricas de embutidos, pero no era la distribución de una ciudad grande con ese impresionante mercado de apariencia tan señorial. Francisco le ayudaba con las bolsas y le preguntaba si podía ir a cazar algunos cangrejos de río por la tarde. Jaime, aturdido por las cañas de cerveza, le explicaba que no había problema, que fuese y que estudiase a la noche, que le iba a preguntar la lección. El COU era un curso duro y debía aplicarse si quería pasar la Selectividad con holgura. Volvían a casa por la carretera. El coche pasó la revisión sin problemas. “Lo bueno de los coches antiguos es cuando uno sale bueno, nunca da quebraderos de cabeza”, les explicaba el mecánico del Taller Gutiérrez. Jaime nunca adquirió el hábito de acostarse des-







pués de comer. Cuando le dieron la baja, las cosas cambiaron en algunos aspectos y siempre se echaba en la cama una hora para relajarse y desconectar un poco, además, le iba muy bien a su espalda. Durante el sueño se sucedían imágenes del pasado, de la universidad, de los grabados que los pintores hicieron de la niña que gritaba “piedad” en una fría madrugada del siglo XIII y, más tarde, en una gélida noche de 1984. Cabello largo, blanca de piel, a la niña la llamaron Teresa, “la poseída”. Desgraciada vida la suya, sin futuro y molestada por el mal en su corta vida. Jaime la imaginó paseando su camisón blanco por una Plaza Mayor vacía, fría, tiritando y caminando de forma atropellada hasta desaparecer dejando sin aliento a un barrendero y a un guardia jurado, ya que el testimonio del siglo XIII era recogido por una prostituta y varios borrachos. No más de treinta segundos y Teresa, “la poseída”, se diluía. A las cinco de la tarde ya estaba despierto y recogió su pequeño cuarto de estudio. Salió a la plaza del pueblo, al pequeño bar de Julián. Como era habitual había par-

tida de mus y de dominó. Sentado junto a otros vecinos decidió jugar unas manos para probar suerte y apostarse un dinerillo. A las ocho empezó el telediario y anunciaban el temporal previsto para los próximos días. Castilla y León era una de las Comunidades Autónomas que más iba a sufrir las consecuencias, según relataba el periodista. Vientos fuertes, lluvias y bajas temperaturas se esperaban, pero Jaime no dio importancia a la noticia y siguió jugando a las cartas. De vuelta a casa meditó el asunto y se iba haciendo varias preguntas cuando observó la luna llena y las estrellas. “¿Será posible que pueda pasar de nuevo?”, se decía entrando en el umbral de su casa. A las diez de la noche se acostó pensando en el discurrir de las cosas y sonriendo para sí mismo. Muchos dicen que cuando estás pensando demasiado sobre un asunto, es tal la posesión que es difícil conciliar el sueño. Es probable. En el caso de Jaime ya habían sido muchas las preocupaciones, muchas las noches en vela, el estrés provocado por las clases, el qué dirán los alumnos de ese joven profesor que les intentaba transmitir lo que había aprendido en los libros de texto...; sí, ahora las cosas eran de otra manera.

El domingo soleado entraba por la ventana con fuerza. Cielo azul, despejado y los pájaros cantando al unísono. Ya no había cuenta atrás, sabía que la niña iba a volver y que sólo tendría una oportunidad para hablar con ella, para resolver un misterio que le tenía, desde hace años, atormentado, ese misterio sin resolver al que te tienes que enfrentarte para salir de dudas. Lo planeó todo desde su cama. Su mujer volvía hoy por la tarde y tenía que contar con su participación. Se alojarían en el parador de la ciudad, como lo hicieron hace muchos años atrás, cuando eran dos jóvenes alocados y románticos que buscaban su primer idilio entre las sábanas en una habitación espaciosa adornada por la luz de la luna que entraba por la terraza. Lo que buscaba era una excusa para ir a Soria y estar a las 12:00 de la noche en la Plaza Mayor, cerca de todas partes. ¿Por qué no? No iba a tener más oportunidades en el futuro; lo sabía y se frustraba y apenaba por ello. Las horas pasaban en el reloj del salón mientras Jaime leía un libro de Baroja. A las cinco ya estaba Marisa, alegre y dicharachera. Francisco ayudaba a su madre con la maleta, los regalos y con las bolsas de la fruta. A pesar de que era domingo, algunas fruterías abrían para despachar a los clientes que necesitaban algunos alimentos de primera necesidad. Marisa, alta y esbelta a pesar de la edad, había sido siempre una mujer independiente y enamorada del estilo de vida inglés. Licenciada en Filología por la Universidad Complutense de Madrid, se enorgullecía de ello y se ponía de ejemplo cuando su hijo se quejaba. “Francisco, con siete años, me iba a recoger la leche y ayudaba a mi familia. Tú lo tienes todo hecho. Deberías valorar más las cosas”. Siempre se repetía, la misma reprimenda, la misma historia. Jaime aguardaba el momento.

–Bueno, ¿y tú que tal?– le preguntó a su marido.

–Pues como siempre, con dolores, pero muy pensativo. Te quería proponer un plan para hoy. He hecho un poco de todo en estos días. He paseado, he ido con Francisco a la ciudad ... – Marisa le había interrumpido.

–Sé por dónde vas y me temo lo peor. Desde que éramos jóvenes me has ido contando la película todos los días. He de reconocer que siempre has sido obsesivo con las cosas, pero ya está bien, en serio, déjalo pasar. No te das cuenta de que te tienes que olvidar de algunas cosas. El relax es fundamental, estamos en familia, te traigo recuerdos de todos tus amigos de Vinuesa, he comprado bollos, he traído las fotografías de la boda

del hijo de Celia con una chica en Madrid que se ha celebrado allí. Por favor, te lo ruego, vamos a estar en casa tranquilos, que es lo que necesitamos al fin y al cabo.

–No puedo. ¿Te acuerdas cuando nos casamos y fuimos al parador?. Fue nuestra primera vez y eso no se te puede olvidar. Quiero que vayamos esta noche a la ciudad, cenar en el mesón de la Plaza Mayor y esperar a las doce de la noche, cuando salga la luna llena, el frío se apoderará de Soria y será mi última oportunidad. Noto que no me queda mucho de vida y que no he hecho todas las cosas que deseaba. Sé que soy un incordio, pero te lo pido, es más, te lo imploré si hace falta–. Jaime tenía que contar con Marisa. Si tenía que estar con alguien esa noche, era con su esposa, con la madre de sus hijos.

–Como en los viejos tiempos, ¿eh?. Después de venir aquí, no sabía que iba a tener que volver a coger el coche de nuevo–. Marisa miraba a su marido con decisión y se acordó del pasado. Los años pasaban demasiado rápido y ya no eran jóvenes.

–¿Estás de acuerdo?– volvió a preguntar Jaime.

–No me das otra elección. Sé que eres un cabezota, pero si quieres desengañarte, estaré allí para verlo.

Estaba todo preparado. Salieron con destino a Soria por la carretera comarcal. Hacía frío, mucho, y el sol se iba. Los domingos todo el mundo descansaba, se cenaba pronto y se iba uno a dormir triste o feliz en función de los que hubiese hecho su equipo de fútbol. Desgraciadamente, el Numancia había perdido 0-2 con el Atlético de Madrid en su estadio de “Los Pajaritos” y el lunes todos los trabajadores lo comentarían en su trabajo. Llegaron al parador a las ocho y reservaron la misma habitación, la de siempre, la que ellos conocían. Llamaron al restaurante “Paco” para pedir una mesa, a eso de las nueve. Era festivo, pero los domingos abrían. Marisa, descalza y sentada en la cama, no era la misma, aunque conservaba el mismo gesto de tranquilidad de su juventud. Había dado clases en todas las escuelas oficiales de idiomas de Castilla y León. Retirada desde hace algún tiempo, se dedicaba a traducir libros para algunas editoriales y conseguía más dinero como profesora particular de inglés en el pueblo. Dejó todos los anillos en la mesita de noche y se fue al baño, mientras Jaime se cambiaba de ropa y meditaba. Hoy era el día, de eso no tenía la menor duda. Hacía frío y la intuición le acompañaba. Sabía que algo tenía que pasar y no iba a dejar que se le escapase de las manos esta oportunidad. ¿Era la última? “Seguro que sí”, se dijo para sí mismo. Marisa salió del baño con un traje de noche negro y con adornos. Elegante hasta en las pequeñas ocasiones, miró a Jaime de refilón y le preguntó por sus pensamientos.

–¿Lo tienes todo planeado?– Jaime no entendió la pregunta.

–¿A qué te refieres?

–Nunca he sabido que pensar a un espectro, es decir, a un fantasma, a una figura hipotética– Marisa le había dado en la yaga.

–Escucha, siempre he consentido tus ironías y me he sonreído con ellas, pero hoy es posible que te lleves una sorpresa. Sólo quiero disfrutar de una noche a tu lado. Eso es todo.

–Nunca hemos tenido ninguna hija. Supongo que la naturaleza ha tenido algo que ver en ello, pero buscar el porqué en algo extraordinario es el colmo. ¿No te has dado cuenta?

–En estos días me he percatado de muchas cosas. La reflexión que he podido llevar a cabo en la última semana ha versado sobre la existencia de la vida, sobre algunos episodios paranormales, no sé, es como si todo lo de antes no tuviese valor y me quisiese agarrar a algo extraordinario para conseguir atar todos los cabos sueltos. Sé que es complicado de entender y que pueda resultar que soy un paranoico, pero espero que después de la cena te quedes a mi lado, me des un beso y me agarres de la mano a la espera de lo que pueda ocurrir.

Sentados en la mesa del Mesón Paco, el vino acompañaba a la perfección las dos paletillas de cordero que Jaime y Marisa habían escogido de la amplia carta. Pocos clientes se hallaban esa noche. El camarero se acercó a Paco y le preguntó si le gustaba la carne. Ambos asintieron y solicitaron un poco más de pan. Eran las diez de la noche y el viento golpeaba con fuerza las ventanas del local. El temporal, según el último parte meteorológico, había empeorado. Soria, al igual que Zamora, Palencia y Valladolid estaban en alerta. No había retorno y Marisa,



preocupada y paciente, seguía el juego sin demasiada convicción. Para el postre se quedaron con dos flanes naturales. Jaime, se encontraba inquieto y poco comunicativo. Le dolía no haber sorprendido a su esposa, pero era lo que había y nadie podía dar marcha atrás. Los cafés llegaron algo fríos, quizás el mal tiempo había tenido algo que ver. Después del último sorbo, Jaime decidió pagar la cuenta y propuso a su mujer un paseo por la Plaza Mayor. Hacía frío, mucho, pero era su noche. El destino estaba escrito. Acompañado de Marisa salieron del mesón y giraron por la calle principal camino de la plaza. La temperatura era muy baja, menos de cero grados, con lo cual los dos se apretaban para combatirlo. Quedaban diez minutos para las doce de la noche, quizás una frases acortasen el largo espacio de tiempo. No había nadie en la calle, ni un alma, y su coche no estaba aparcado demasiado lejos. Una luz intensa se divisó delante suyo y al principio no se quisieron percatar. Jaime estaba ansioso, nervioso y a la vez atento a todo lo que ocurría. Escondidos debajo de los soportales esperaron. Marisa, de pronto, le señaló la luz y Jaime miró. Delante, a unos 150 metros, justo al otro lado de la plaza, se iba acercando una figura, un espectro, la incógnita despejada. Los rasgos se correspondían a los de la chica, no había duda. Jaime se percató de que Marisa se encontraba muy excitada, quizás era la primera vez que la entreveía como una persona vulnerable, impresionado por algo tan extraño y en lo cual nunca había creído.

–Es ella– susurró Marisa.

–En efecto, lo que tanto he esperado se ha hecho realidad. Ahora todo el mundo me creerá y los estudios, que tanto esfuerzo he puesto en ellos, tendrán validez. Tú serás mi testigo– contestó Jaime.

–Mírala, con sus alpargatas y su camisón blanco, tal y cómo la habías descrito. Vamos a esperar.

–Aguarda, me voy a acercar.

Marisa dejó que Jaime tomase unos metros de ventaja y dio unos pasos hacia atrás. Su marido iba directo y decidido, parecía dispuesto de querer entablar una conversación. “Piedad”, decía la niña. Jaime estaba a cinco metros y se paró en seco.

–¿Quién eres? – preguntó.

–Piedad– fue la respuesta.

–¿Quién te ha hecho vagar de esta manera? ¿por qué has vuelto?– insistió.

–Cada uno lleva su cruz– la voz se iba apagando y parecía menos fuerte que al principio. Jaime advirtió que le quedaba poco tiempo, en pocos segundos se iba a marchar.

–Quédate con nosotros, podremos saber cuáles son tus males y quién te atormenta.

La luz se apagó y el espectro se esfumó tan rápido como había aparecido en escena. Jaime volvió al lado de su esposa. Marisa estaba muy alterada.

–¡Tenías razón, tenías razón!– su mujer lo abrazó.

–Vámonos a casa, a nuestra habitación, vámonos a descansar– sentenció Jaime.

Pasaban cinco minutos de la medianoche. Jaime y Marisa, juntos y abrazados, se fueron caminando por la plaza hasta su coche. En su pensamiento quedaba la imagen de la niña vestida con su camisón blanco y unas raídas alpargatas. Había merecido la pena. ●

**GABRIEL HIERRO**  
EMPRESARIO



### MERCADO DE ABASTOS DE SORIA

El Mercado de Abastos de Soria se inauguró en 1914, después de más de 50 años de numerosos proyectos e intentos frustrados de dotar a esta vieja ciudad castellana de un gran recinto comercial. El proyecto definitivo, que arrancó en 1905, sufrió numerosas modificaciones hasta la configuración definitiva del mercado, que está situado en la calle Bernardo Robles, en pleno centro de la ciudad, muy cerca de la Plaza Mayor. El Mercado de Abastos de Soria cuenta en la actualidad con 97 comercios de frutas y hortalizas, pescados, carnes y otros productos, de los que 22 que se encuentran en su exterior.